

---

## CAPÍTULO V.

Cien mil duros que se lleva el viento.

Miguel se quedó suspenso un momento; mas debió ocurrirle alguna idea repentina, pues salió de la habitación y se asomó á la escalera llamando á la señora Gertrúdis, precisamente en el momento en que ésta pisaba la acera de la calle; así es que no pudo oír la voz del huésped, que en vista de la inutilidad de sus gritos volvió á entrar en el cuarto, dejando olvidadamente abierta la puerta que daba á la escalera.

«Mejor, dijo hablando solo; podía haberle devuelto esa moneda injuriosa en una carta concebida, por ejemplo, en estos términos: Señora Marquesa: incluyo á V. los cinco duros adjuntos que ayer dejó caer des-

de la ventanilla de su coche..... etc. Pero eso es ramplon..... mezquino..... insignificante..... La Marquesa hubiera dicho: he ahí un pobre que no quiere serlo. No, es preciso hacer más, algo más, mucho más. Ese infame de Matusalem tiene razon; hay que ser rico. La fortuna es una loca; vamos á ver si podemos hacerla entrar en razon..... El hombre debe saber de todo..... es decir, debe saberlo todo..... ya he visto el mundo al traves de la pobreza, justo es que lo vea al traves de la fortuna. Quiero ver cómo me buscan los que ahora huyen de mí..... Y no ha de ser una fortuna tejida hilo á hilo á la vista de todos, que llevando la cuenta de mis prosperidades, se digan: ya tiene diez, ya tiene veinte, ya tiene cuarenta; no; quiero surgir de repente del fondo de la sociedad, como sale el sol del fondo de los mares..... quiero caer súbitamente sobre ese mundo despreciable y azotarlo con un látigo de oro.....»

La imaginacion de este abogado sin licenciar se acaloraba como el agua del mar revolviéndose sobre sí misma, y con esa facilidad

óptica de los deseos, todo lo iba viendo á su gusto.

No era arquitecto, y sin embargo se dibujaban en su imaginacion las líneas elegantes de un palacio suntuoso, alzado gallardamente detras de un jardin sembrado de árboles que Dios cria, y de estatuas que el hombre labra.

Veia sus magníficos trenes llegar hasta el pié de la alfombrada escalera, sentia en sus salones el murmullo de las conversaciones de las gentes deseosas de verlo y solícitas por agradarle; experimentaba esa viva sensacion que producen en el alma las miradas lisonjeras y las sonrisas halagüeñas. Se contemplaba á sí mismo y se admiraba de su propia gloria, y á falta de otro cortesano se tributaba á sí mismo los honores de su soñada opulencia.

Y la virtud, digámoslo así, acudia tambien á tomar parte en esta apoteósis del hombre regenerado por el poder del oro; los más nobles pensamientos venian á mezclarse en la accion activa de esta ambicion peligrosa.

Una vez rico, una vez poderoso, tendria

la mano á todas las desgracias; estimularia al genio dormido en las sombras de la pobreza; protegeria al débil contra el fuerte; sacaria al mérito de la oscuridad y del olvido; prestaria al talento los rayos de la gloria del mundo, y sembraria de flores el triste camino que hacen por la tierra los nobles sentimientos.

¡Oh qué perspectiva!

Pensando y pensando, esto es, ahondando, ahondando en su propio pensamiento, descendia hasta el fondo de su ambicion repentina, y ponía los piés sobre la dura realidad de las cosas, como en un punto de apoyo para lanzarse con nuevo ímpetu en los espacios imaginarios de sus súbitos deseos.

«Yo, decía, bajo estos harapos miserables he sufrido con valor el desden de los amigos y el desprecio de las gentes; apenas soy hombre en medio de los hombres..... soy un cero ambulante..... un vacío..... nada..... Esto creía ser á los ojos del mundo..... pero me encuentro un coche, y una mujer opulenta me llama pobre..... corro..... y la multitud grita: «¡A ése, á ése!» Sigo adelante..... y me llaman

ladron..... continúo y braman gritando: «Asesino..... asesino.....» y me veo en la necesidad de huir y de esconderme como un criminal..... yo mismo llego á creerme culpable..... Y es claro, con este gaban..... con ese sombrero..... no se puede ser en la sociedad más que un miserable, un ladron y un asesino.»

No era muy preciso el razonamiento, pero vaya V. á hacerle entender á un hombre acolorado que debe discurrir con todas las reglas de la lógica. Además, él no trataba de convencer á nadie; trataba sólo de convencerse á sí mismo, y por lo visto no necesitaba la fuerza de otras razones. Se sentía humillado, queria erguirse, y se erguia.

Dió várias vueltas por el cuarto agitando su hermosa cabeza como un leon enjaulado, y ya se detenía como el que encuentra lo que busca, ó ya continuaba sus vueltas como el que desecha lo que había encontrado.

Sabía perfectamente donde queria ir, pero ignoraba el camino, porque buscaba el camino más corto.

Queria llegar inmediatamente, pronto, como un rayo.

Sin poder reprimirse, alzó el brazo y se dió una palmada en la frente.

«Aquí está», dijo.

Y se restregó las manos con la satisfacción del que da al fin con lo que busca.

«Un capital, exclamó llenándose la boca con la palabra y haciendo sonar las sílabas como las monedas de un bolsillo lleno. Esto es lo que yo necesito..... un capital. ¿Y qué es un capital?..... Es una cantidad que sale en busca de una serie interminable de cantidades; es el grano que produce la espiga, el dinero que atrae al dinero, el oro que se reproduce, la suma que se multiplica..... Capital..... lo más inflexible que hay en el mundo..... Capital..... lo que más fácilmente se dobla en las manos del hombre. Tener un capital es tener el hilo del ovillo..... Necesito, pues, un capital.»

Como se ve, su pensamiento, fundiéndose en el calor de su deseo, iba tomando una forma positiva. Por costumbre, metió maquinalmente las manos en los bolsillos del gaban, y sus dedos recorrieron aquellas oscuras soledades, sin encontrar en ellas nada.

Parecía que las manos seguían los movimientos de su imaginación con igual fortuna, pues sus ideas se perdían del mismo modo que sus dedos, sin encontrar el rayo de oro que había de anunciar la aurora de su opulencia.

Debió sentir un profundo desaliento, una sensación semejante á la que experimenta el hombre que al poner el pié sobre un puente conoce que el terreno huye debajo de sus piés dejándolo en el aire..... sensación angustiosa producida por la sangre que se agolpa al corazón huyendo del peligro.

«Nada..... dijo..... y de nada no se puede hacer nada.....»; y recordando á Arquímedes, se paseaba gritando: «Venga un punto de apoyo y una palanca, y levantaré el mundo.»

Poco á poco se fueron iluminando sus ojos, esparciendo en su semblante los reflejos de una idea feliz..... y golpeándose de nuevo la frente, se sonrió con desprecio diciéndose á sí mismo:

«Soy un imbécil.»

Después, saltando como un niño que sale de la escuela, comenzó á gritar:

«Eureka..... eureka.....»

Su idea debía ser profundamente sábia, puesto que tuvo que expresarse en griego para mayor claridad, y debió surgir en su entendimiento como un cadáver que sale del sepulcro; pues para expresar su triunfo tuvo que valerse de una lengua muerta.

Hé aquí cómo había llegado á la cuadratura del círculo de su fortuna.

«De nada, no se puede hacer nada..... Luego es preciso tener algo..... Deber es poseer lo que no se tiene..... yo debo, equivale á decir yo tengo..... Ésta es la teoría..... éste es el rayo luminoso de la ciencia que está deramando por el mundo todos los esplendores del oro..... ¡una deuda! hé aquí mi capital..... tomo prestado..... y asunto concluido.»

Fué á saltar de nuevo, pero se detuvo como si repentinamente se hubiera abierto á sus piés un abismo.

«Demonio, exclamó rascándose la cabeza..... para contraer una deuda se necesita crédito..... El crédito es la confianza; ¿y qué confianza puedo yo inspirar con este gaban y con ese sombrero? Si yo pudiera rodearme de una opulencia aparente..... Si combino bien

los términos de una especulación fabulosa..... ¡bah! encontraré dinero; sí, porque encontraré socios..... Calla..... calla.... se dijo á sí mismo, imponiéndose silencio para oirse mejor..... ¡Una sociedad.....! ¡una sociedad de crédito.....! ¡una sociedad anónima.....!»

De nuevo se vió detenido en la carrera triunfal de su victorioso pensamiento..... El primer paso le costaba un trabajo inmenso, y llegaba al fin sin haber podido pasar de las dificultades del principio..... veía el cielo sin poder levantar los piés de la tierra.

«¿Cómo, se preguntó, rompo yo el hielo de esta pobreza? ¿Cómo sacudo el polvo de la miseria? ¿Cómo me rodeo de los resplandores de la loca fortuna en medio de las oscuridades de la desgracia ciega?... ¡Chist!..... añadió, poniéndose el dedo en la boca..... Aún hay patria, Veremundo.»

Y acercándose de puntillas al armario y abriéndolo suavemente para que no rechináran los mal seguros goznes, sacó una caja de madera y la colocó sobre la mesa..... Levantó la tapadera, que se resistió cuanto pudo, hasta que cediendo á la obstinada presion de

los dedos, saltó, dejando ver en el fondo de la caja un estuche de figura ovalada revestido de terciopelo verde.....

Volvió la caja del revés como el que vacía un vaso, y el estuche quedó sobre la palma de su mano izquierda.

Estaba pálido y tembloroso.

Oprimió un pequeño botón medio oculto en el espesor del terciopelo, y el estuche se abrió en toda su longitud, llenando el aire de reflejos que se disipaban y se reproducían, según el movimiento de la mano.

El estuche contenía un medallón de oro, ceñido por un cordón de diamantes, y en el centro aparecía una preciosa miniatura.

Era el retrato de una mujer sumamente bella, de tez resplandeciente como el nácar y de cabellos rubios como el oro.

Miguel contempló aquella imagen que parecía clavar en él sus dulces ojos..... Contó uno á uno los pequeños diamantes que la circundan, y suspendió el medallón en la palma de la mano, haciéndolo saltar discretamente sobre ella, como se hace para calcular el peso de una moneda.

Era el retrato de su madre..... La pobre mujer lo había conservado con maternal empeño, porque no quería morir sin dejarle á su hijo aquel dulce recuerdo de su cariño, y aquella memoria de sus prosperidades.

Miguel dijo:

«Por este medallón, sin el retrato, podrán darme tres mil reales. Después yo le haré al retrato un medallón que valga diez veces más.»

Cerró el estuche, lo colocó cuidadosamente dentro de la caja y puso la caja dentro del armario..... después se enjugó la frente con la palma de la mano, porque sudaba como si hubiera hecho un esfuerzo supremo, y anudó el hilo de sus reflexiones diciendo:

«Tres mil reales..... poco es..... muy poco..... pero al fin, con tres mil reales se puede brillar unos días; el tiempo necesario para plantear la sociedad..... Sí, el director del periódico donde yo corrijo pruebas es un gran elemento, se hombraea con los más altos personajes..... tiene en su cartera muchos secretos y en su mano muchas reputaciones.... Lo pon-

drémos al frente del negocio. Dos generales son indispensables, y si son de los que se han sublevado más veces, mejor; su influencia será más poderosa..... Un par de banqueros es preciso que presten su nombre; uno que haya sido ministro es de suma necesidad..... algun diputado revoltoso y el director de nuestro periódico, hé ahí el núcleo..... No se necesita más para que el dinero acuda á nuestras arcas..... ¿Quién se atreve con dos generales que pueden poner en el momento más inesperado cuatro regimientos en la calle? ¿Quién se atreve con dos banqueros que pueden comprometer el crédito del Estado haciendo bajar la Bolsa en el día crítico de algun empréstito? ¿Quién se atreve con un hombre que habiendo sido ministro tiene á su disposición todo el personal desocupado de una administracion cesante? ¿Quién se atreve con un diputado de voz atronadora, bramador público, maton por más señas, capaz de encender el fuego de una tempestad en el día más sereno? ¿Quién se atreve, en fin, con un periódico, eco de la opinion, órgano de todos los intereses, que lleva por título *El*

*Oriente*, esto es, que no mira más que al sol que sale?»

A Miguel debieron parecerle sus observaciones completamente exactas, pues dió el caso por resuelto, y siguió adelante de esta manera :

«Nuestra sociedad debe tener un fin humanitario y filantrópico; debese la protectora inmediata de la agricultura y de la industria; su propósito será acabar con la usura que arruina á los labradores y consume á los industriales, extendiendo sus operaciones á todo género de negocios.»

Aquello era coser y cantar..... una vez puesta su imaginacion en el camino de hierro de las especulaciones, no corria, volaba; su cabeza era un manantial inagotable de dinero, que se derramaba majestuosamente á la sombra de todas las prosperidades. Mil ejemplos acudian á su memoria, atestiguándole la realidad de sus cálculos. ¡Cuánta sociedad próspera! ¡cuánta empresa afortunada! ¡cuántos negocios felices!..... ¡cuántos hombres súbitamente millonarios!..... Matusalem..... el infame Matusalem tenía razon..... todo era oro.

Su pensamiento quiso sin duda verse frente á frente, porque el pobre Miguel, si ya es permitido calificarlo de ese modo, metió la mano por debajo de la solapa del gabán, como si hubiera ido á consultar los latidos de su corazón, y sacó una cartera bastante usada, tomó el lapicero, y arrancando una hoja, se acercó á la ventana, que estaba abierta de par en par, y sobre el antepecho se puso á trazar en el papel las líneas principales de sus cálculos.

Los números nacían debajo del lápiz como las estrellas debajo del cielo, y las cantidades crecían sobre el papel como las espumas sobre el agua.

Las cantidades se desarrollaban impulsadas por el vigor de una aritmética creadora, formando sumas que á su vez iban á colocarse unas debajo de otras, como regimientos que marchan por compañías.

Esta columna, semejante á un río, se detuvo al fin cortada por la rigidez de una raya, que poniendo término á aquella invasión de números, se tendió como quien dice: «basta, basta.»

Mas los números se empujaban unos á otros, y confundiéndose entre sí con orden admirable, embebiéndose los primeros en los segundos, los segundos en los terceros y así sucesivamente, saltaron por encima de la raya formando una sola cantidad; era la suma total de las ganancias de un año realizadas por la sociedad; era la suma en bruto próximamente calculada.

Esta suma sufrió varias restas, pasando últimamente por el tormento de una división.

El cociente arrojaba en números redondos la cantidad de 2.000.000 de reales, ó lo que es lo mismo, cien mil duros uno sobre otro.

«Ésta es mi parte», exclamó Miguel contemplando aquel río de oro.

Y dejando el papel sobre el alféizar de la ventana, y colocando los codos en disposición de poder dejar caer la cabeza entre las manos, comenzó á repasar una por una toda la serie de sus operaciones.

«Perfectamente, dijo al fin..... no me he equivocado ni una vez siquiera..... esto



es de buen agüero..... ¡Cien mil duros en un año!.....» y añadió con gesto de disgusto..... «¡Un año, un año! ¡cuánto tiempo!»

La puerta que daba á la escalera permanecía abierta lo bastante para que el aire, entrometido de suyo, pudiera entrar cómodamente, dar una vuelta por la sala y salirse apresuradamente por la ventana.

En una de estas entradas y salidas cogió por debajo el papel que contenía los cien mil duros, lo suspendió como á una pluma, le hizo dar vueltas como si fuera una campana, y se lo llevó como si tal cosa.

Por pronto que acudieron las manos de Miguel á detener el vuelo de su fortuna fugitiva, fué inútil, y chocaron entre sí dando una palmada, mientras el papel volaba como un pájaro sobre el tejado de la casa de enfrente.

Imaginémonos un niño, al cual se le escapa de entre los dedos la brillante mariposa que acaba de coger, y tendríamos una idea del gesto, de la actitud, de la mirada de nuestro pobre millonario.

Con el pecho inclinado sobre el pasama-

no de la ventana..... con los brazos tendidos, la boca entreabierta y los ojos casi á punto de salirse de las órbitas, ofrecía el aspecto más cómico y más dramático del mundo.

Una carcajada repentina, que anunciaba un timbre de voz puro y sonoro, lo sacó de aquel estado, sonando en sus oídos en el momento en que el papel daba tranquilamente vueltas sobre el abismo de la calle.

Bajó los brazos, y volviendo la mirada hácia la izquierda, tropezaron sus ojos con una ventana que venía á estar enfrente de la suya, y en el instante mismo se transformó su semblante, pasando de la ira á la admiración; parecía poseído por un encanto repentino..... brillaban sus ojos con una luz suave, y se movían sus pupilas con ese movimiento imperceptible con que los ojos quieren abarcar en una sola mirada todos los pormenores del conjunto que contemplan.

Podría creerse que muchos puntos luminosos á la vez se disputaban la atención de su mirada absorta.

Su fisonomía, que había tomado la rigidez

del cálculo y la inflexibilidad de los guarismos, se dilató como una flor que se abre, y sus mejillas, pálidas como el oro en que tanto pensaba dos horas hacia, se tiñeron de un vivo sonrosado, de la misma manera que hubieran podido teñirse las mejillas de una colegiala al ver por primera vez á un guapo mozo.

La boca no podia permanecer indiferente á esta súbita expresion del semblante, y dibujó en sus labios una sonrisa tan tímida, que hubiera podido tomarse por la primera sonrisa de un niño.

Todo lo que habia de atrevido, de desdenuado y de burlon en el semblante de Miguel desapareció del mismo modo que los reflejos de la aurora disipan los fantasmas que crean las sombras de la noche; aquel vaso de agua amarga aparecia repentinamente dulcificado por una gota de miel.

Por un movimiento quizá puramente mecánico, irreflexivo, instintivo, llevó las manos á su cabeza, y hundiendo los dedos en las ondas de sus cabellos, los echó atras, descubriendo una frente llena de inteligencia, y

presentando el contorno de una cabeza graciosa y enérgicamente modelada.

¿Qué veía?..... ó mejor dicho, ¿qué miraba?

La ventana de un cuarto piso, aunque sea del cuarto piso de un palacio, no es bastante por sí sola para transformar de la manera que hemos visto la fisonomía de un hombre que acababa de perder de una mano á otra la friolera de dos millones en papel.

Mas, ¿qué puede haber en una ventana de un cuarto piso, capaz de producir transformacion tan súbita?

¿Qué pueden ver los ojos de un hombre deslumbrados por el esplendor de la fortuna, para dejarse arrastrar tan fácilmente fuera del centro luminoso de sus más impacientes deseos?

El objeto que atraía su mirada, despertaba su admiracion y embargaba su espíritu, debia tener una fuerza de atraccion irresistible; debia ser una cosa extraordinaria, nunca vista, nunca soñada; una cosa, en fin, del otro mundo.

¿Sería una aparicion?

Su madre, que al morir le había dicho: «Yo velaré por tí», ¿se le habría aparecido para consolarlo con una tierna mirada ó con una dulce sonrisa de la pérdida de los cien mil duros?

Ello es que permanecía absorto, con los ojos clavados en aquella ventana con el afán con que un ciego de nacimiento que recobrára la vista de repente miraría por primera vez al cielo.

Aquello debía ser el efecto de una primera impresion sentida de golpe, con toda la fuerza de las primeras impresiones.

Algo nuevo, desconocido, y por consiguiente inesperado, había sorprendido el camino de su alma, llegando hasta el fondo de su corazón.

¿Qué había en aquella ventana?

En aquella ventana estaba el cielo, la tierra, la vida, la fortuna, la gloria..... todo.

En aquella ventana había una mujer..... no, no, una niña; más aún, las dos cosas..... Era el resplandor indeciso y último de la inocencia, que brilla en el rostro humano en el momento en que pasamos de la adoles-

encia á la juventud y que parece decir: todavía no. Era el día, un hermoso día de primavera, adornado con todo el lujo de la naturaleza, en el cual el sol se levanta sobre el horizonte, medió oculto todavía en el casto velo de la aurora.

Era *ella*.

*Ella*, la mujer que se nos mete en el alma y se apodera de nuestro sér sin saber cómo, y se hace dueña de nuestros pensamientos de pronto ó poco á poco, asociándose á todos los actos de nuestra vida.

*Ella* es una imágen que por el desconocido procedimiento de misteriosa fotografía se estampa en el fondo del corazón para no borrarse nunca, cuando hay en el fondo del corazón el gérmen divino de los grandes sentimientos.

*Ella* es esa mujer que conocemos ántes de verla, que se nos aparece bajo mil formas caprichosas, cuyos ojos vemos, ya en una, ya en otra; cuyas sonrisas creemos ver en ésta ó en aquélla; cuya voz, que no hemos oído nunca, suena continuamente en nuestros oídos.